

Crucero «Mare Nostrum»

(22 julio-7 agosto 1967)

JOSE JIMENEZ DELGADO, C.M.F.

Deseosa de facilitar a los profesores de Enseñanza Media, tanto oficial como no oficial, el acceso a nuevas culturas y el contacto con la realidad pedagógica de otros países, con miras al intercambio de experiencias y de métodos didácticos, que puedan redundar en una mayor eficacia de la tarea docente, la Dirección General de Enseñanza Media inició en 1962 una serie de viajes de estudio por el extranjero.

En los años anteriores se han realizado cinco viajes a diferentes zonas de Europa continental. El primero a Italia y sur de Francia; el segundo a Portugal; el tercero a Suiza, Austria y norte de Italia; el cuarto, por ser el año jacobeo, a Santiago de Compostela, y el quinto a Francia, Bélgica y Holanda. Este año quiso rebasarse ya el horizonte europeo y se proyectó un periplo por el *Mare Nostrum*, con escala en Egipto, Tierra Santa y Grecia. Don Luis Ortiz Muñoz, catedrático de Lengua Griega y director del Instituto Ramiro de Maeztu, de Madrid, preparó *ex profeso* un libro-guía para los cruceristas, siguiendo la trayectoria del proyectado viaje (1). Este libro, editado con una copiosa información literaria y gráfica por la Jefatura de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia, ha prestado muy apreciables servicios a los componentes de la expedición.

Desgraciadamente, el conflicto judío-árabe, surgido semanas antes de iniciado el viaje, obligó a modificar el periplo, sustituyendo la visita a Egipto y demás países árabes, por la visita a Turquía. Este acontecimiento intimidó a muchos de los cruceristas, reduciendo notablemente su número, de suerte que los 800 viajeros previstos, se quedaron sólo en casi 300. Pero si esta circunstancia contribuyó ciertamente a restar esplendor y grandiosidad al crucero, también influyó en una más entrañable familiaridad. Además, los pasajeros pudieron disfrutar en el buque de una mayor comodidad, y la compañía Ibarra, que en todo momento hizo gala de una solícitud y gentileza a toda prueba, pudo prestar a los pasajeros toda suerte de atenciones, adelantándose a los más mínimos deseos de los mismos.

El *Cabo San Vicente*, uno de nuestros más cómodos trasatlánticos, especialmente equipado para esta suerte de viajes, fue el utilizado por los cruceristas para esta excursión cultural por el Oriente Medio. Según lo previsto, el buque zarpó del puerto de Bilbao el día 22 de julio, para arribar a Barcelona el 7 de agosto. La escala en La Coruña, el día 23, y en Cádiz, el 24, sirvió para completar el contingente de la expedición. En la noche del 24 de julio salíamos gozosos rumbo

a Haifa, puerto israelí, al pie del Carmelo. Formaban parte de la expedición, entre otros, el entonces inspector general y hoy director general de Enseñanza Media, señor Del Arco; el inspector-jefe de Servicios Pedagógicos, señor Pacios, y el inspector-jefe de Publicaciones, señor Rodríguez Lesmes.

RUMBO A HAIFA

Cerca de cinco días tardamos en recorrer la distancia que media entre Cádiz y Haifa. El *Mare Nostrum*, cuna y corazón de Europa, en cuyas orillas han ido surgiendo las más diversas culturas—Egipto, Fenicia, Israel, Grecia y Roma—, teníamos que cursarlo en sus casi 4.000 kilómetros de longitud máxima. Teníamos que atravesar sus dos cuencas, la occidental o latina, desde Gibraltar hasta las costas de Italia, y la oriental o griega, desde Italia hasta el litoral sirio. Este mar, que tantos siglos de historia encierra, que jugó papel tan decisivo en tiempos de las cruzadas, se nos iba a mostrar en todo su encanto, en sus aguas glaucas y tranquilas, con su variada gama de matices cromáticos, durante el curso de esta larga travesía. Por fin el 29 de julio, a mediodía, atracábamos en el puerto de Haifa, sin haber divisado tierra desde que perdimos las costas españolas hasta acercarnos a la isla de Creta, cuya costar sur, accidentada y misera, rompió la monotonía del horizonte durante algunas horas. A pesar de ello, la vida a bordo se fue deslizando con la mayor placidez. Se había estudiado de tal forma la distribución de la jornada, que las horas transcurrían sin darse uno cuenta. El horario, distribuido diariamente entre los pasajeros, contenía una programación recreativa, en la que figuraban los más variados entretenimientos, desde el tiro al plato, juegos al aire libre y de salón, hasta las sesiones nocturnas de cine sobre cubierta. Las dos piscinas de popa y el *solarium* atraían, sobre todo en las horas cálidas del mediodía, un buen contingente de público. Fueron días de auténtico veraneo en alta mar. Nada perturbaba el sueño, pues la calma reinó casi en todos los momentos. Al amanecer, nada ni nadie impedía subir a proa para rezar y saludar a la riente aurora, vestida de peplo resplandeciente, como nos la pinta la musa poética de Homero (2). Buena mesa, abundante y bien abastecida, sin diferencia de categorías, que tanto hieren. Paz para la oración y para la lectura. Facilidad para oír la Misa en las varias concelebraciones del día.

(1) LUIS ORTIZ MUÑOZ: *Crucero Mediterráneo. Egipto, Tierra Santa, Grecia*. Madrid, 1967, p. 196.

(2) HOMERO: *Iliada*, 8, 1: «La Aurora de peplo de azafrán se difundió por toda la tierra»; *CS. II*, 19, 1; 23, 227; 24, 645.

Tiempo sin tasa para explayar la vista por el horizonte sin olas, todo tranquilidad y paz, con sus cambiantes policromos, los más variados, al ser herido por los rayos del sol o de la luna. También había tiempo para la alegría reposada de los adultos y la bullanguera de los jóvenes. Los conciertos de mediodía y noche, las fiestas de sociedad, la biblioteca, las conferencias culturales, todo contribuía a dar variedad y amenidad a la jornada diaria e ilustrar plácidamente los espíritus.

De las conferencias culturales, quiero hacer especial mención de la pronunciada por el ilustrísimo señor don Antonio Viñayo, prior de San Isidoro de León, en la tarde del 28 de julio. Versó sobre el tema: «Perfil físico y moral de Jesús». Partiendo del estudio anatómico de la Sábana Santa, el conferenciante logró fijar algunos rasgos antropológicos de Cristo, partiendo de los cuales se aventuró a delinear algunas de las cualidades psicológicas de Jesús, que luego iba confirmando con textos bíblicos. Este conocimiento de la humanidad de Cristo lo iba reflejando en el fondo de Palestina, cuyo próximo recorrido estaba avivando en todos el más cálido entusiasmo.

La compañía Ibarra, para solaz de los cruceristas, fue organizando a lo largo del viaje fiestas en extremo simpáticas: la Gran Fiesta de Bienvenida, la noche del día 25; la Fiesta de Miss Crucero, el 31 de julio; la Fiesta de Disfraces, en la que algunos cruceristas derrocharon humor y buen gusto, la noche del 5 de agosto, y la Fiesta de Despedida, en la noche siguiente, en vísperas del desembarco. Todo lo que se diga de la solicitud y atenciones de la compañía Ibarra a favor de los pasajeros es poco comparado con la realidad. Todos se hacían lenguas ponderando sus delicadezas. El *buffet* de frutas con que cada noche obsequiaba a los cruceristas constituía una verdadera atracción. Un detalle muy significativo. El día 26, al terminar la cena, los comensales del salón azul quedaron gratamente sorprendidos al ver aparecer al *maitre d'hôtel* escoltado por unos camareros y una azafata, que, procesionalmente y al son de la flauta, se acercaban a felicitar a una de las cruceristas en el día de su santo. Vino luego la ofrenda de la tarta y de una preciosa cartulina con la felicitación impresa al efecto. Todo ello sellado por el fotógrafo de la compañía con un recuerdo gráfico del acto. Esta escena se repitió en días sucesivos, siempre que uno de los pasajeros celebraba su fiesta onomástica.

Así alegremente, con la alegría que producía la placidez de la superficie tersa de las aguas y la alegría que se avivaba día a día con el trato mutuo y las satisfacciones que uno experimentaba en las fiestas que cotidianamente se sucedían, llegamos al puerto de Haifa. Sin pérdida de tiempo, nos disponíamos a visitar la Tierra Santa, teatro reciente de una guerra fulminante y escenario hace veinte siglos de la vida, pasión y muerte de Jesús, el divino Nazareno, hijo de María y de José.

TIERRA SANTA

Haifa es la tercera de las grandes ciudades de Israel. Tiene cerca de trescientos mil habitantes. Sólo la superan Tel-Aviv, la capital política, y Jerusalén, la capital espiritual de los judíos. Los servicios de policía y banca los realizamos en el mismo buque, como es costumbre. Luego descendimos rápidamente a seis grandes *autopullmans*, que nos esperaban estacionados en el muelle. Iba a comenzar nuestra visita a Tierra Santa. El escenario de esta tarde sería Galilea, al norte de Palestina. Dejamos para mañana el viaje a

Judea, con Jerusalén y Belén, como centros de atracción más interesantes. La tarde estaba cálida en extremo, pero el movimiento del coche nos hacía sentir el suave oreo de la brisa.

1. Galilea

La primera impresión, al emprender el viaje, fue de sorpresa. La prensa nos había hablado semanas antes de bombardeos imponentes y de enormes destrucciones en este puerto de Israel. La realidad era muy otra. El puerto aparecía intacto, y la ciudad, recostada en la vertiente del Carmelo, parecía abrir sus brazos para recibirnos, haciendo ostentación de una frondosidad impropia de estas tierras. Sus jardines esmaltaban el espacio dejado libre por los *chalets* y rascacielos de la mejor factura europea. Detrás del Carmelo nos esperaba la tranquila llanura de Galilea, y en ella el encanto de Nazaret, con sus dos zonas distintas, la Nazaret antigua con sus recuerdos evangélicos y la Nazaret moderna, en lo alto de la colina, con sus llamativas construcciones. Hoy Nazaret hace honor a su nombre, que significa *florido*, y es un testigo permanente de los altos designios de Dios sobre ella, que quiso que, llegada la plenitud de los tiempos, en el rincón de una de sus humildes casas, tomara carne de una Virgen, por obra del Espíritu Santo, el mismo Verbo de Dios, que venía a redimirnos. Por eso resulta tan emotiva la visita a Nazaret.

En el preciso lugar de la Encarnación, donde el arcángel San Gabriel visitó a María, se está levantando ahora una grandiosa basílica. Lleva el nombre de la Encarnación y en su fachada, de piedra tallada, luce un altorrelieve con la efigie de María y la del Arcángel, mensajero de la celestial embajada. En las excavaciones se han ido identificando los diferentes templos cristianos allí superpuestos. En una capillita subterránea hay un altar con una hornacina de mármol, estilo dieciochesco, y un cuadro de la Anunciación, que lleva este sencillo rótulo: «Hic Verbum caro factum est». Como Pablo VI, en fecha todavía reciente, 1964, los peregrinos en reducidos grupos recordamos el misterio allí representado rezando devotamente el *Angelus*.

Frente por frente de la basílica de la Anunciación, en la misma plaza, está la iglesia de la Nutrición, en el lugar que ocupaba el taller de San José. Preside una imagen de la Sagrada Familia. Recientes excavaciones han permitido descubrir junto a la cripta unas humildes dependencias, que remontan a muchos siglos atrás, y que bien pudieran estar ubicadas en el lugar mismo donde vivió la Sagrada Familia. Aquí, pues, es donde tuvieron realidad aquellas expresiones evangélicas: «Y Jesús crecía en edad, sabiduría y gracia delante de Dios y delante de los hombres» (3); y aquella otra frase que sobrecogía de emoción a San Bernardo: «Et erat subditus illis» (4).

De pasada, nos asomamos rápidamente a la célebre sinagoga, de la que los nazarenos expulsaron a Jesús obligándole a proferir aquella conocida frase: «Ninguno es profeta en su patria» (5). Después, por angostas callejuelas, donde se multiplicaban los tenderetes, y se hacían los vendedores, volvimos otra vez a la carretera, donde nos esperaban los autocares. Allí una fuente, conocida con el nombre de la fuente de la Virgen, nos recuerda a Jesús, criadillo de María, con el cántaro al hombro a las órdenes de su madre.

Siguiendo nuestra ruta por Galilea, encontramos

(3) LUC., 2, 52.

(4) LUC., 2, 51.

(5) LUC., 4, 24.

a siete kilómetros de Nazaret, la ciudad de Caná, con su iglesia en memoria del primer milagro de Jesús, a ruego de su madre, que quiso delicadamente sacar de apuros a la familia de los recién casados, convirtiendo el agua en vino. De allí fuimos bajando a Tiberiades, la ciudad de Tiberio (6), junto al lago del mismo nombre, que también se llama Genesaret o mar de Galilea. Bien merece este nombre de mar, pues la vista se pierde en los veintinueve kilómetros de norte a sur, aunque es fácil abarcar de frente la otra orilla, que no alcanza más de nueve kilómetros, con los montes de Siria por fondo. Desde estas montañas, los soldados sirios dominaban la carretera que bordea la crilla opuesta y hostigaban frecuentemente a los judíos. Aún se ven junto a la cuneta de la carretera algunos coches y camiones averiados por los disparos enemigos.

Siguiendo el curso del Genesaret atravesamos Magdala, subimos al llamado monte de las Bienaventuranzas, donde unas misioneras italianas custodian a devota rotunda donde se conmemora la predicación de Jesús y, desde su casa-hotel, atienden a los viajeros. Avanzamos luego hasta Cafarnaún, de la que no quedan más que ruinas imponentes, lo mismo que de las otras dos ciudades próximas, Cozaín y Betsaida. Uno recuerda aquí la amenaza de Jesús recogida por Mateo: «Ay de ti Cozaín, ay de ti Betsaida... Y tú Cafarnaún, ¿te levantarás hasta el cielo? Hasta el infierno serás precipitada. Porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros hechos en ti, hasta hoy subsistiría» (7). No puede uno menos de impresionarse ante las ruinas de Cafarnaún, cuando recuerda que aquí llamó Jesús a Pedro y a Andrés al apostolado (8); que aquí curó al siervo del centurión, que había levantado una sinagoga a los judíos (9); la misma tal vez que ha sido ahora replanteada con los restos arqueológicos de la de entonces (10); que aquí curó a la suegra de San Pedro (11); que a ella se retiró Jesús al oír la prisión de Juan Bautista, y que por aquí anduvo predicando, curando y adoctrinando a sus discípulos (12).

De regreso hacia Haifa, entramos a orar en la iglesia del primado de San Pedro. Impresiona la piedra en forma de montículo, que se alza en el centro de la misma. No es extraño que al llegar aquí Pablo VI, en su visita a Tierra Santa, se sintiera profundamente emocionado. Vimos también allí cerca la basilica de la multiplicación de los panes y, cuando ya comenzaba a anochecer, nos acercamos al Tabor, cuyo templo, levantado en memoria de la Transfiguración, parecía reverberar con el fulgor de las últimas luces del sol poniente. Poco después la vista nocturna del Nazaret moderno, con aires de gran ciudad, hacia revivir en nosotros, por la fuerza de los contrastes, las primeras impresiones de aquella tarde.

Nuestro recorrido por Galilea terminó donde había comenzado, en Haifa. Subimos a lo alto del Carmelo. Allí nos esperaban los padres carmelitas, para acom-

pañarnos a visitar a la Virgen del Carmen en su camarín, en uno de sus más vetustos santuarios, y en su cripta: la gruta de Elías, donde el profeta pasó gran parte de su vida. Desde allí, aunque de noche, nos pudimos dar cuenta de la magnificencia de Haifa. Al fondo aparecía su puerto y sus múltiples instalaciones, con una extensión superior a los treinta y cuatro kilómetros cuadrados, cuyo tráfico anual nos dicen que pasa de tres millones de toneladas. A una y otra parte del Carmelo y a lo largo de toda su vertiente occidental, sus edificios iluminados semejan una ciudad encantada. Haifa es una ciudad de placer y de trabajo. Aquí acuden turistas de todo el mundo. En ella reside casi toda la industria pesada de Israel. Abundan las fábricas de jabón, perfumes, hilaturas, automóviles, artículos de caucho, eléctricos y químicos. No posee Haifa restos de pasadas grandezas. Destruída en diversas ocasiones, es ahora cuando ha comenzado a resurgir con una pujanza enorme. Teodoro Herzl, el iniciador del movimiento sionista, la llamó la ciudad del porvenir. El pronóstico es ya una realidad, atestiguada por su creciente desarrollo, sus bibliotecas, sus museos, sus escuelas. Digno de especial mención es su museo arqueológico, con piezas muy valiosas de las épocas cananea, helénica y romana, traídas en su mayor parte de Cesárea. También es importante su sinagoga y, desde el punto de vista cultural, su *Technion* o escuela politécnica, que con el nombre de Alberto Einstein, el genial inventor de la teoría de la relatividad, atrae a su Facultad de Tecnología, la única de todo el Oriente Medio, a más de 2.000 alumnos.

Vueltos al barco, los comentarios de aquella noche versaron sobre los lugares visitados. Muchos se hacían lenguas de la fertilidad de Galilea, justamente ponderada por Josefo cuando dice: «El suelo es tan fértil que allí crece toda suerte de plantas..., su temperatura es tal y tan bien proporcionada, que conviene a los árboles más diversos, de suerte que florecen nogales, palmeras, olivos, higueras y viñedos.» Ahora la buena condición de la tierra se ve estimulada por la política claramente orientada al fomento de la agricultura. El gobierno ha reconocido que una de las más seguras riquezas de Israel es su agricultura, y por eso está fomentando por todos los medios posibles la explotación del campo. Abundancia de maquinaria para el cultivo y facilidad de pagos; viviendas con toda clase de *comfort* para el agricultor; escuelas fácilmente asequibles para sus hijos; instalaciones, las más modernas para la conducción del agua, el problema más acuciante en Israel. Así se explica la exuberancia del valle de Esdralón, y en general de toda Galilea. Zonas antes casi desérticas han quedado transformadas, en pocos años, en tierras de una vegetación extraordinaria. Esta fue la impresión recogida por los excursionistas en la visita de esta tarde por Galilea.

2. Judea

Pocas horas dormimos en el barco la noche del 29 al 30 de julio. Muy de madrugada, a las cinco, estábamos ya en ruta camino de Judea, para visitar Jerusalén y Belén. Teníamos por delante cerca de 200 kilómetros de ida y lo peor era que teníamos que volver para salir aquella misma tarde hacia Estambul. Había, pues, que aprovechar codiciosamente aquel día. Tomamos la autopista Haifa-Tel-Aviv. Poco antes de llegar a esta ciudad, pasado el aeropuerto civil de Lod, torcimos internándonos pronto en una carretera de la antigua Jordania, que, pocas semanas después de

(6) Tiberiades fue fundada por Herodes Antipas, mas por halagar a Tiberio César, el fundador le dio el nombre del emperador de Roma.

(7) MAT., 11, 20-24.

(8) MAT., 5, 18-22.

(9) LUC., 7, 4-5.

(10) Las ruinas actuales de Cafarnaún, con sus piedras labradas, según los arqueólogos, no pertenecen a la sinagoga donada a los judíos por el centurión (cf. LUC., 7, 5), pues corresponden, a lo que parece al siglo segundo de nuestra era: lo que sí es cierto que están ubicadas en el mismo emplazamiento de la sinagoga antigua. En esta ciudad también llamó Jesús a Levi, por nombre luego Mateo, al apostolado (cf. LUC., 5, 27).

(11) LUC., 5, 38.

(12) MAT., 5, 12.

la guerra, lleva camino de convertirse también en autopista. Los dirigentes de Israel tratan de borrar rápidamente la diferencia entre uno y otro país, tanto en lo que se refiere al tráfico como en los medios de cultivo agrícola. Por todas partes se notaba actividad febril para modernizar la agricultura y mejorar el tráfico: ampliación de pistas y consolidación del firme de las mismas, traslado de tierras fértiles, nivelación de tierras a gran escala, conducción de aguas a lo largo de muchos kilómetros, no por canales, sino por tuberías cerradas, para evitar la evaporación. Durante el trayecto vimos algunos estanques artificiales destinados a la cría de carpas. Este pescado es de gran rendimiento por su rápida y portentosa reproducción. Eran también muchas las granjas avícolas que encontrábamos al paso. Como en otros países, hoy en Israel la carne más barata es la de pollo y gallina. Plantaciones de naranjos, viñedos, olivos, tabaco, etcétera, ocupaban gran extensión de terreno.

Durante nuestro viaje íbamos dejando atrás caravanas de camiones. Viajaba en ellos gente del pueblo israelí, que se dirigía hacinada a Jerusalén y a Belén, a visitar y orar en lugares tan venerados para ellos como la tumba de Raquel, la de David, el muro de las lamentaciones, la montaña de Sión. En las cercanías del aeropuerto de Lod, sobre todo, vimos grupos de soldados, tocados con el gorro del color de su correspondiente unidad militar, y, entre ellos, algunas mujeres militarizadas también. El guía recalcó el gran espíritu patriótico de los israelíes. Todos respondieron, desde el más grande hasta el más pequeño, a la llamada urgente de la patria, dispuestos a servirla en los puestos de mayor responsabilidad y peligro. Destacó la participación militar de la mujer incluso en lugares de los que por ley estaba dispensada, como eran las unidades de paracaidistas. Llevadas de un gran espíritu de colaboración, hubo algunas que reclamaron para sí estos puestos de servicio. Incluso se han dado casos de tropas mandadas por mujeres con excelente resultado, según información de nuestro guía.

Ya nos acercábamos a Jerusalén. Durante varios kilómetros pasamos por un tramo de carretera batido hasta hace poco por los soldados jordanos. Muchos restos de vehículos alcanzados por la metralla son testigos mudos de una situación insostenible. Unas coronas ya marchitas son el homenaje a los israelíes caídos. Entramos en Jerusalén por la puerta nueva. Aquí los restos de la guerra persisten aún; pero se han roto las fronteras que dividían la «Ciudad de paz» en dos zonas dominadas por el recelo y el odio. Todo ahora ha cambiado. La ciudad es totalmente de los judíos. Hasta la puerta de Mandelbaum, lugar de tránsito obligado hasta hace poco entre Israel y Jordania, se ha abierto de par en par. En sus cercanías había antes alambradas y pirámides de cemento para impedir el paso de los tanques enemigos; ahora es una zona libre, por donde los turistas, en su mayoría israelíes, se pasean a placer. Los automóviles invaden las calles y la vida se desenvuelve con toda normalidad. Serían las nueve de la mañana cuando nosotros atravesamos sin dificultad Jerusalén, y sin descender de nuestros *autopullmans* nos dirigimos derechos a Belén.

Belén, en la actualidad, es una villa de 7.000 habitantes, de aspecto más bien humilde, con muchos niños descalzos y numerosos vendedores ambulantes por las calles. Dista unos diez kilómetros de Jerusalén y se yergue a setecientos veinticinco metros sobre el nivel del Mediterráneo y a mil ciento sesenta y nueve sobre el del mar Muerto. El lugar más importante de Belén es la basílica de la Natividad, levantada precisamente en el mismo sitio donde nació Jesús. Su parte más

antigua se remonta a los tiempos de Santa Elena, que la mandó construir entre los años 327 a 333. La gruta donde nació Jesús se halla en la cripta situada en la parte izquierda de la basílica. En el suelo, revestido de mármol blanco, centellea, al fulgor de las lámparas, una estrella de plata, incrustada en el pavimento, con este epigrafe en torno suyo: «Hic de Virgine Maria Jesus Christus natus est.» El pesebre fue trasladado a la basílica de Santa María la Mayor, de Roma, donde se conserva en la actualidad. Junto a la gruta del Nacimiento hay otra cavidad con un altar dedicado a los Santos Reyes Magos, donde, a nuestra llegada, un grupo de católicos alemanes estaba oyendo misa. En otras grutas, situadas a la parte opuesta de la basílica, se venera a San Jerónimo y a sus discípulas, Santa Paula y Santa Eustaquia. En ellas, dedicado al estudio, a la oración y a la penitencia, el santo prestó el más alto servicio a la Iglesia, al traducir por encargo del papa español San Dámaso la Biblia del idioma original al latín, que, por ser entonces la lengua vulgar en la Iglesia de Occidente, recibió el nombre de «La Vulgata». Belén sigue siendo, a pesar de su escaso desarrollo, centro poderoso de atracción para los cristianos de todo el mundo. La estrella de los Magos sigue guiando incesantemente caravanas de peregrinos a la gruta de la «Buena Nueva» (13).

Dentro aún de Belén, cuando ya volvíamos a Jerusalén, vimos en una explanada una riada de gente que, en actitud devota, esperaba junta a un edificio de modestas dimensiones. El guía nos informa que se trata de judíos venidos de todos los rincones de Israel y del mundo entero a visitar la tumba de Raquel, que se alza en aquel paraje. Raquel, efectivamente, fue la segunda mujer de Jacob, madre de José y Benjamín, los dos hijos más pequeños del patriarca, la cual en ese preciso lugar perdió la vida al dar a luz a Benjamín (14). Su sepulcro fue siempre tenido en gran veneración por los judíos. Se comprende la actual afluencia de visitantes israelíes si se tiene en cuenta que Belén, hasta su reciente liberación, estaba enclavada en zona jordana, y el acceso a la misma no se concedía fácilmente al pueblo judío.

Ya estamos otra vez en Jerusalén. Había que aprovechar ávidamente las horas para visitar los Santos Lugares. Nos dirigimos a la puerta de Mandelbaum, pero unos oficiales judíos nos marcaron el cambio de dirección. Por fin, después de pasar junto a la puerta de Damasco, penetramos en el recinto de la ciudad antigua por la puerta de Herodes. El paso de guerra está aún marcado allí con huellas indelebles. Muchos escombros, casas en ruina o completamente demolidas, camiones y coches convertidos en chatarra, tanques destrozados, soldados patrullando sin rumbo fijo, rostros pálidos denunciando pesadumbre, miseria y hambre.

Pronto tuvimos que echar pie a tierra, pues los gigantes autobuses no podían circular por el interior de la ciudad vieja. Sus calles estrechas, tortuosas y malolientes señalaban el casco de la antigua Jerusalén. Nos situamos junto al pretorio de Pilatos, penetramos en la capilla que allí tienen los padres franciscanos y comenzamos la primera estación del *Via Crucis*. Seguimos luego la Via Dolorosa, moviéndonos con dificultad por entre callejuelas atestadas de gente: turistas, peregrinos, vendedores ambulantes y judíos que acudían al mercado. Las tiendas y tenderetes dificultaban el tráfico. Pasamos junto al convento de la Flagelación, atravesamos el arco del «Ecce Homo», recorri-

(13) LUC., 2, 8-14.

(14) GEN., 35, 16-20.

mos la calle de la Amargura y el lugar de la Verónica, donde actualmente tienen su convento las hermanitas del padre Foucaud. Van pasando rápidas las demás estaciones hasta llegar a la grandiosa basílica del Santo Sepulcro, con el Calvario, pequeña prominencia encerrada dentro de la misma. Aquí rezamos las últimas estaciones.

Entrados en la basílica, nos detenemos reverentes ante la piedra de la unción, situada frente a la misma puerta de entrada, entre el Calvario y el Sepulcro de Cristo. Subimos luego unas escaleritas hasta llegar al Calvario. Oramos unos momentos en la capilla de la Crucifixión. Sentimos la natural emoción al meter la mano en el orificio, que nos recuerda el lugar exacto donde estuvo clavada la cruz del Salvador y lamentamos no disponer de más tiempo para dar aquí rienda suelta a nuestra piedad. Desde el Calvario, formando fila, nos dirigimos al Santo Sepulcro. Hay que defenderse del aluvión de peregrinos, que pugna por penetrar en el estrecha capilla. El Santo Sepulcro es un edículo situado detrás del altar mayor de la basílica, excavado totalmente en la peña, con un altar o capilla llamada de la Aparición del Ángel, que sirve de antecala. Penetramos agachándonos por la angosta abertura en grupos de a cuatro o cinco para besar la losa de mármol que guardó el cadáver de Jesús y de donde salió por su propia virtud resucitado y glorioso para nunca más morir (15).

Por la tarde, la visita más emotiva fue la del Cenáculo, el *anagion* o sala superior y bien aderezada, donde el Maestro celebró la última cena e instituyó la Eucaristía (16). Aquí también los Apóstoles, reunidos con María, la Madre de Jesús, recibieron en día de Pentecostés el Espíritu Santo (17), dejando en ese día establecida la Iglesia. Antes habíamos recorrido el monte Olivete, admirando desde allí una maravillosa panorámica de Jerusalén, con la mezquita de Omar en primer plano. Del Olivete bajamos a Getsemaní, en cuyo recinto, además de orar en la devota capilla de la Agonía, custodiada por padres franciscanos, pudimos contemplar unos vetustos olivos, testigos vivientes de la oración y del sudor de sangre de Jesús. Desde allí remontamos el valle de Josafat o cementerio de Jerusalén, y poco después el valle de Cedrón, para dirigirnos al monte de Sión, lugar donde está emplazado el Cenáculo y el santuario de la Dormición de María, a cargo de los benedictinos alemanes de Beuron.

El Cenáculo, en su simplicidad y actual despojo de todo elemento ornamental, resume la secular historia del primer templo cristiano. En medio de las vicisitudes históricas de los más diversos signos, inmortal y vivo, es por derecho propio el primer santuario eucarístico del mundo, escenario de la última Cena, lugar augusto de la Institución de la Eucaristía y de la celebración de la primera Misa, primera iglesia de la cristiandad, madre, por tanto, de todas las iglesias, centro del primer concilio cristiano, catedral de la primera sede episcopal, morada habitual de María y lugar de su santa Dormición. Desgraciadamente, aquí donde tantos títulos se encierran, desde hace tantos siglos, los cristianos no tienen acceso al culto. Aquí no hay sagrario; aquí no se dice misa. En 1964, el papa Pablo VI tuvo que pedir permiso para visitar este lugar santo. El Cenáculo sigue bajo la custodia de los mahometanos convertido en mezquita dentro de un estado judío. ¿Hasta cuándo perdurará semejante infamia? ¿Hasta cuándo consentirán los Estados ca-

tólicos que el lugar más augusto de la cristiandad siga en poder de los enemigos de la Iglesia de Cristo, apesadado como un vulgar botín de guerras ya tan lejanas?

En tiempos ya remotos, con el oro de España adquirieron los franciscanos el Cenáculo y junto a él edificaron su convento. En 1332, por medio de doña Sancha, reina de Nápoles, infanta de Aragón, hija del rey don Jaime el Conquistador, adquirieron los hijos de San Francisco estos Santos Lugares, adquisición que confirmó el papa Clemente VI con la bula de 21 de noviembre de 1342, firmada en Aviñón, y en ella adjudicaba a la casa de Nápoles, incorporada por entonces a la corona de España, el título de reyes de Jerusalén, que aún continúa como glorioso blasón entre los títulos que ostenta la casa real española. Con el oro de España se adquirió, pues, el Cenáculo en el segundo tercio del siglo XIV, y a pesar de tantos infortunios posteriores, como la incautación de los turcos en 1452 y las sucesivas guerras y conflictos, todavía perdura en España un patronato con la misión de tutelar el Cenáculo, aunque con derechos puramente simbólicos.

En la cámara situada debajo del Cenáculo, una tradición poco fundada sitúa la tumba de David, y este lugar es objeto de gran veneración de parte del pueblo judío. Allí cerca se encuentra también la Cámara de los Mártires, en memoria de las víctimas del nazismo. A ella miles de familiares de las víctimas acuden cada día a depositar flores y cirios. En siglos anteriores existió aquí una basílica del tiempo de los cruzados, llamada Santa María del Monte Sión. En el interior varias capillas recordaban las diversas tradiciones. A la derecha había una doble capilla, en la que se conmemoraba la institución eucarística y la venida del Espíritu Santo. Otras capillas recordaban el lavatorio de los pies y las apariciones de Jesús después de la resurrección. La capilla de la izquierda estaba dedicada a la Dormición de la Virgen. Después de la conquista de Jerusalén por Saladino, el año 1187, unos monjes sirios mantuvieron el culto de la basílica. Más tarde quedó en un estado de lamentable abandono, hasta que en 1332 pasó a poder de los franciscanos (18).

La visita al Cenáculo había hecho revivir en la mente una serie de recuerdos históricos; pero la tarde avanzaba y era preciso volver rápidamente a Haifa, pues el barco tenía la salida para las diecinueve horas. Antes, empero, de abandonar Jerusalén, los guías quisieron hacernos dar una vuelta rápida por la ciudad nueva, para que pudiéramos admirar la grandiosidad de muchos de sus edificios, como el Beit Hanasi o Residencia Presidencial, el Parlamento, el Yad Washem o Monumento a los Héroes, el Hotel del Rey, los pabellones de la universidad hebrea, su biblioteca y museos, donde se guardan muchos de los tesoros recogidos en las recientes excavaciones de las cuevas de Khirbet Qumrám, el monte Herzl, homenaje de Israel a su más preclaro apóstol moderno, Teodoro Herzl. Su tumba, situada en un frondoso parque, es hoy monumento nacional. Aquí se guarda también una colección de documentos, libros y fotografías del precursor del estado de Israel, así como su estudio, traído de Viena, en el que escribió su famoso *Altneuland (antiguo-nuevo-país)*, sobre la vuelta de los judíos al suelo patrio.

De Jerusalén hasta Haifa los guías tuvieron tiempo para completar su información sobre la situación actual de Israel, respondiendo amablemente a las pre-

(15) MAT., 28, 6; MARC., 16, 6.

(16) LUC., 22, 12.

(17) ACT., 2, 1-4.

(18) La revista «Tierra Santa», recientemente ha dedicado todo un número al Cenáculo: núm. 458, abril de 1967.

guntas de toda índole que les formulaban los cruceristas. Así supimos, por ejemplo, que el pueblo judío rechaza todo intento de internacionalización de Jerusalén, y más aún la vuelta a la situación de ciudad dividida de antes de la última guerra. El gobierno judío tiene interés en que se respeten los lugares de culto de las tres grandes religiones monoteístas profesadas actualmente en la Ciudad Santa: cristianos, mahometanos y judíos. Su presidente, Levi Eshkol, ha proclamado solemnemente la inviolabilidad y plena libertad de los Santos Lugares. Para reafirmar esta su voluntad, convocó, pocas semanas después de la victoria militar sobre los pueblos árabes, una reunión de todos los jefes religiosos en su despacho oficial. Acudieron en total cuarenta y tres jerarcas. Fue una solemne concentración de las autoridades religiosas de Jerusalén, con todo el empaque y ceremonial propios de los pueblos orientales y un desfile de túnicas multicolores y de emblemas los más diversos, según los cultos y categorías allí representados.

Supimos también que el pueblo judío se distingue por una protección especial a la mujer. Su destino en la familia la exime de determinadas prestaciones personales aun en tiempo de guerra; no puede ser, por ejemplo, paracaidista, aunque por iniciativa personal haya habido algunos casos en la pasada guerra. La opinión pública es una gran defensa a favor de la mujer y un freno para su moralidad. Entre los judíos es una afrenta el adulterio y la prostitución; por eso, aun entre las que tienen que prestar servicio militar, apenas se dan casos de inmoralidad notoria. Las casadas están exentas del servicio en filas. Lo corriente, sin embargo, no es darse prisa en casarse para rehuir el servicio militar, antes bien diferir el matrimonio, aun en circunstancias favorables, para prestar dicho servicio. Así con estos y otros temas, la vuelta a Haifa sirvió para completar los recuerdos de este día inolvidable, que dejará estela profunda en nuestro espíritu.

TURQUÍA Y GRECIA

Agrupamos en un solo epígrafe la visita a estos dos grandes países y lo hacemos con pena, pues es mucho lo que habría que recoger en esta crónica; pero forzoso es frenar la pluma, para no traspasar los justos límites impuestos por los dirigentes de la revista. Pensamos que la norma del *ne quid nimis* es uno de los postulados que debe regir la acción del escritor. Me limitaré, pues, casi a una simple relación de los lugares visitados.

Casi dos días duró la travesía de Haifa a Estambul. Esta vez el buque se movía sorteando el enjambre de islas, que emergen en los mares de Licia, del Egeo y de Tracia. Bordeamos Chipre, Rodas, Cnidos, Chios, Mitilene, Lesbos, Lemnos con Tenedos al fondo, el estrecho de los Dardanelos y, atravesando la Propóntide, llegamos felizmente a Estambul, la capital de Turquía, en el emplazamiento de la antigua Constantinopla, a la entrada izquierda del Bósforo.

Estambul es una ciudad enorme y cosmopolita de más de un millón de habitantes y un puerto de primera categoría. Las murallas medievales, que se conservan en algunos tramos en bastante buen estado, nos hablan de las luchas sostenidas por la antigua Bizancio. Hoy Estambul es uno de los puntales más fuertes del islamismo. Tiene más de 500 mezquitas, algunas de ellas de imponente magnificencia. El estado es laico, con tendencia marcadamente europeizante, a partir de la proclamación de la república el año 1923. Desde esta fecha la ciudad ha experimentado un notable incremento. Visitamos, como monumentos

de mayor relieve, la mezquita de Soliman el Magnífico, con sus múltiples minaretes destinados al anuncio de los cultos por el almuecín; la mezquita azul, así llamada por el color de sus mosaicos; Santa Sofía, construida por Justiniano y convertida ahora, desde 1923, en que quedó suprimido el culto, en centro de atracción turística. Su cúpula es la mayor del mundo, mayor incluso que la de San Pedro, en el Vaticano. En su rotonda queda uno deslumbrado por el colorido de sus mármoles y la fuerza de sus columnas. El mosaico de la Virgen, en el pórtico, y el de Jesús, Luz del mundo, a la entrada de la rotonda, llaman la atención por su finura, su riqueza y expresividad. Visitamos también el palacio del viejo Serrallo, con su colección de porcelanas y el tesoro de los sultanes. Allí vimos la esmeralda más grande del mundo, en forma de bola de más de tres kilos; la cunita de los infantes, cuajada de perlas y piedras preciosas; armaduras de los sultanes, tronos y vestimenta de los mismos, testimonio de la fastuosidad del imperio otomano. Esta visita a los monumentos fue seguida de la visita al gran Bazar, donde la vista nunca se sacia de mirar, ni el corazón de apetecer; sólo la bolsa sirve de freno a la insaciable curiosidad. Un grupo de cruceristas aún encontraron tiempo para hacer una excursión por la costa asiática, atravesando el Bósforo en *jerry boat* y recorriendo el barrio de Scutari y la colina de Cálmica. Otro grupo, tal vez más afortunado, se llegó hasta la residencia del patriarca Atenágoras y allí pudieron recibir su abrazo fraternal y oír de sus labios el anuncio de su proyectado viaje a Roma y a España. Detalles de esta visita los relató en el *Ya* uno de los cruceristas (19).

Los días 3 y 4 de agosto los dedicamos a visitar Atenas y parte de Grecia, para admirar de cerca el milagro del arte griego. En el puerto del Pireo nos esperaban unos autobuses, que después de pasearnos rápidamente por la moderna Atenas, nos situaron en las inmediaciones de la Acrópolis. Era un día de calor sofocante, a pesar de lo cual la afluencia de turistas era enorme. La acrópolis es una colina rocosa, que durante la segunda mitad del siglo V antes de Cristo se fue poblando de construcciones famosas, obra de los más grandes genios del arte griego. Pablo admiró aún en su magnificencia decadente aquellos monumentos que, desafiando los siglos, siguen aún pregonando la primacía espiritual del pueblo griego. En la cumbre de la Acrópolis, los Propileos, el Partenón, el Erectión, el Pórtico de las Caríatides, el templo de la Victoria Aptaera, y, en el museo levantado en la cúspide, magníficas obras de escultura antigua, como las Korés, el efebo de Maratón, la estatua en bronce de Poseidón, el Jockey de Artemisión, la Atenea de Verakleion, etc. Al pie de la Acrópolis, el templo de Afrodita y de Eros, la fuente de Clepsidra, el santuario de Esculapio, el pórtico del rey Eumenes, el teatro de Dionisos y el Odeón de Herodo Atico. Delante de la Acrópolis, hacia el mar, se encuentran el Areópago, tribunal supremo, desde donde Pablo habló a los atenienses del Dios desconocido (20), y más lejos, la colina de la Pnyx, donde se reunía la asamblea popular. En la parte baja, cerca aún de la Acrópolis, pudimos ver el Agora Romana, la Biblioteca de Adriano y algunas columnas

(19) En el diario *Ya*, de Madrid, con fecha 9 de agosto de 1967 se publicó un relato, sin firma, de la visita de los cruceristas al Patriarca Atenágoras. El relato debe ser del compañero de viaje, Luis Ortiz Muñoz, quien con anterioridad había publicado otras crónicas del viaje en dicho diario.

(20) ACT., 17, 16-24.

de estilo corintio, restos del templo de Zeus Olímpico.

Por la tarde del día 3, una excursión facultativa a Cabo Sounion con visita del templo de Poseidón, erigido en tiempo de Pericles entre abruptos peñascos. Antiguamente se celebraban en esta basilica fiestas náuticas en honor del dios del mar.

El día 4 fueron dos las excursiones organizadas, las dos en extremo tentadoras; pero forzosamente había que renunciar a una de ellas, por incompatibilidad de horario. La una tenía como objetivo la Argólida, con parada en Corinto y en Micenas, y continuación hasta Epidauro, donde se conserva el Santuario de Esculapio y un museo arqueológico. La otra, a través de la venturosa llanura de Tebas (21), tenía por objetivo Delfos, centro espiritual (*umbilicum*, lo llama Tito Livio) (22) de toda la Hélada y del mundo. Grande fue la emoción de los excursionistas al escalar la pendiente del Parnaso y ver en la lejanía el cruce de caminos, donde, según el mito de Edipo, éste dio muerte a su padre. Visitamos el museo, con el famoso auriga de bronce, el teatro y templo de Apolo. Baja-

(21) Este es el calificativo que da a Tebas uno de sus hijos más preclaros, Píndaro, en *Ist.*, 6, 1-19.

(22) Tito Livio, 38, 48, 3: *Delphos quondam, commune humani generis oraculum, umbilicum orbis terrarum.*

mos a refrescar nuestras fauces en la fuente Catalia, celebrada entre los escritores griegos por la pureza de sus argentadas aguas, que servían a la Pitia o sacerdotisa de Apolo para las purificaciones rituales que precedían el *manteion* o rito de la adivinación.

Del regreso a Barcelona, desde el Pireo, sólo quiero hacer constar el espectáculo inolvidable del paso por el estrecho de Mesina de siete a nueve de la tarde. Todos los pasajeros, agolpados en la proa, contemplábamos la visión del estrecho, iluminado por los rayos del sol poniente, y, ya oscurecido, el centelleo de las luces de Regio-Calabria, por un lado, y las de Mesina por otro, con la columna de humo que salía del Etna y las varias franjas de la costa de Sicilia en ignición; las maniobras del barco para sortear los escollos (recuérdese el Escila y Caribdes) y enfilarse el estrecho; la vista del litoral de Italia con varios trenes en circulación y el ir y venir de los coches con focos que se encendían y se apagaban según las incidencias de las carreteras; el aspecto, en fin, de las edificaciones y jardines de ambas costas, que parecían belenes, todo ello fue un digno remate del Crucero «Mare Nostrum», que pronto iba a llegar a su fin en el puerto de Barcelona. Parecía una de esas visiones cinematográficas, que quedan perennemente grabadas en la memoria y en el corazón de los espectadores.